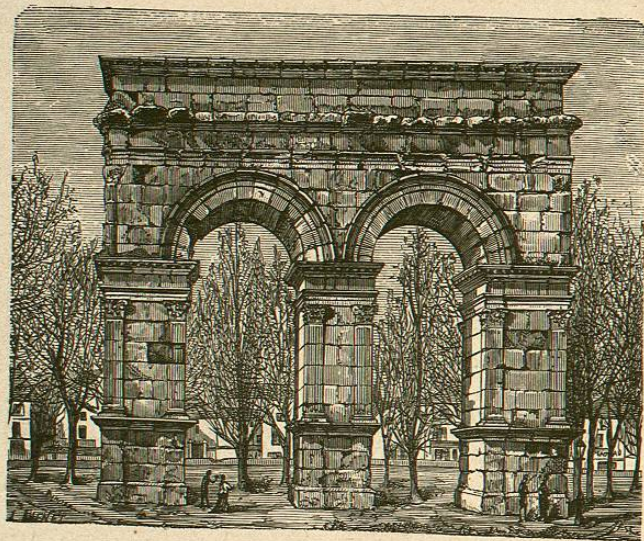


vaudan, al Rouergue, al Quercy, es decir, á los departamentos del Haute-Loire, del Lozère, del Aveyrón, del Lot, que figuran, los tres últimos sobre todo, entre los menos poblados y ricos de Francia. Es probable que lo mismo les ocurría en la antigüedad. Lo que induce á creerlo, amén de las condiciones geográficas que no cambian, es la ausencia casi completa de descubrimientos epigráficos. De todos modos, no hay que imaginar que estas comarcas escaparan á la ley general que transformó las Galias. Aquí, como en todas partes, la nobleza se sometió á los vencedores. Un descendiente de Lucrío aparece como sacerdote del templo de Roma y de Augusto en Lyon. Su estatua se levantaba en Cahors,



Arco de Triunfo en Saintes

allí donde su ascendiente dirigió los últimos esfuerzos de los campeones de la independencia. En la aldea de Lanuejols (Lozère) existe un sepulcro que por su elegancia y proporciones recuerda los mejores de Trión. No denuncia en el que lo encargó costumbres puramente romanas. Nada probaría por sí mismo, sino la riqueza del que lo hizo construir; pero en la comarca hay muchos parecidos. Las ciudades nombradas no carecían de recursos. Cahors tenía industria de velas para buques y de ropa para camas. Gabalos y rutenos tenían sus minas de plata. Los velavos sus minas de hierro que aún tienen importancia. Las ovejas que no han desertado las *Causse*s producían un queso renombrado.

Los petragóricos imitaron el ejemplo de otros pueblos galos. Abandonaron su ópido, en la cima de Ecorneboeuf en la margen izquierda del Isle, para obtener mejor emplazamiento en la orilla derecha para la ciudad galo-romana de *Vesuna*. Ocupaba en el sitio de Perigueux una superficie equivalente á la ciudad moderna. Las inscripciones mencionan sus termas, sus templos, sus dos basílicas. Las ruinas de su anfiteatro permanecieron mucho tiempo en pie. A fines del siglo III, á consecuencia de los generales terrores, tuvo que estrecharse entre murallas y quedó reducida al barrio que ha conservado el nombre de Cité, como tantos otros de ciudades galo-romanas. Se acurrucó á la sombra de poderosas murallas que aún subsisten en parte, convertidas en ruinas. Allí estaba el anfiteatro, aumentando la fuerza defensiva de la ciudad con su mole. Como en

Burdeos, los restos de la ciudad antigua no están circunscritos á tales límites. Fuera de ellos es donde aparece esa enorme torre cuarteada y medio derruida, en la que se ha creído reconocer la *cella* de algún templo desaparecido.

Los petragóricos tenían por vecinos á los lemovios, cuya capital *Augustoritum* (Limoges), que es hoy más importante que Perigueux, no parece haber disfrutado de igual superioridad en lo antiguo. Es muy pobre en monumentos y ruinas y no merece especial estudio. Una ciudad mucho más importante, la mayor del Oeste, era la de los pictones. Poitiers (*Limonium*), que sigue en la enumeración de Amiano Marcelino á Clermont,

aparece como la cuarta de las ciudades de Aquitania. Poco resta de sus edificios. Su anfiteatro ha sido destruido hace cuarenta años más completamente que el de Perigueux.

Debe mentarse aquí el problema que planteó el descubrimiento de las ruinas de Sauxay, á poca distancia de Poitiers. De todas las hipótesis emitidas es la más verosímil la siguiente: Sauxay, *Sauciacum* según se lee en un documento del siglo X, no era, como se ha dicho, un lugar de reuniones periódicas, políticas ó religiosas. Era una ciudad como cualquiera otra, que las excavaciones han hecho resurgir del suelo y arrancado del olvido. Las habitaciones privadas, de construcción ligera, no han dejado vestigios. Sólo quedan edificios públicos, un templo, termas, un teatro cuya existencia asombra, pero que no hace sino confirmar la teoría del gran desarrollo que la existencia civilizada había adquirido hasta fuera de los grandes centros, en una localidad ignorada como ésta.

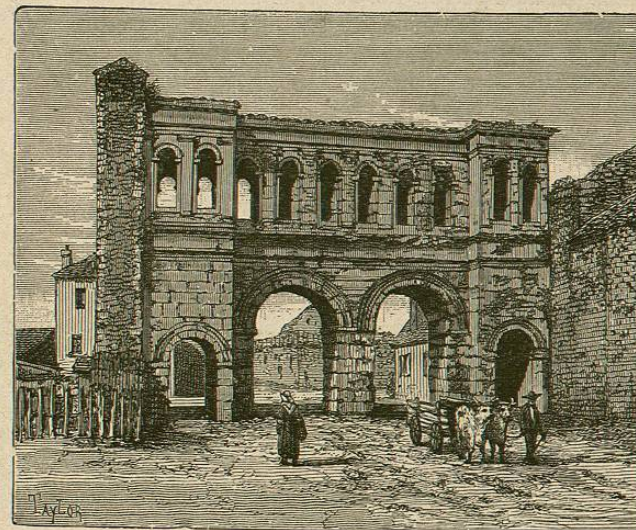
Con los bitúrigos cubios llegamos á los confines de Aquitania. Su capital *Avaricum* (Bourges) pasó en tiempo de César por la mejor ciudad de la Galia. Aun cuando decaída, se mantenía en situación honrosa. Situada entre las dos diagonales que cortan Francia de Nordeste á Sudoeste y de Noroeste á Sudeste, su posición le daba las ventajas que nuestra red ferroviaria ha dado á Vierzón. Los bitúrigos tenían además los recursos de su suelo y subsuelo. Su industria textil era muy reputada. Sus minas de hierro competían con las de los pe-

tragóricos, y ya es sabido que aun hoy día constituyen una de las riquezas del departamento del Cher. No se limitaban á la extracción de mineral. Desde el tiempo de la independencia sabían trabajarlos. Tomaron de los eduos una gran perfección en el arte de estañar. Todo el país parecía un gran taller metalúrgico. Hoy humean allí las altas chimeneas de Bourges, de Vierzón, de Decize, de Fourchambault, del Creusot.

IV.—La Lyonense (1)

La Lyonense era una larga tira de terreno, cortada entre el Loira y el Sena, desde las costas de la Armó-

tinta y de diverso aspecto. El valle del Saona es como una prolongación del que forma el Ródano. Alegre, feraz, rico en viñedos desde aquella época, tenía por ciudades principales, como ahora, Macón (*Matisco*) y Chalón (*Cabillonum*), la primera más comerciante y resintiéndose la otra de la vecindad de Germania, con sus epitaños de soldados y de veteranos. En Chalón el camino se bifurcaba y un ramal iba á Langres ó Besançon y el otro á Autún. Dijón (*Divio*) aún no era sino una aldea insignificante de la ciudad de los lingones y la gran carretera que comunicaba la Galia del Sudeste con la del Noroeste pasaba bastante más al Sur. Esta era una ventaja que bien se debía á los fieles



Puerta Lingonensis, hoy de San Andrés, en Autún

rica hasta las márgenes del Saona y cuyo trazado no se comprende sino teniendo en cuenta que las tres Provincias habían de tener una misma capital. De unos contornos menos regulares que los de Aquitania, difería de ella en muchos otros aspectos. Las ciudades, más separadas unas de otras y menos suntuosas por regla general, dejan adivinar un género de vida menos brillante y más en armonía con las antiguas costumbres gálicas.

A pocos kilómetros de Lyon empezaba el país de los eduos. Comprendía dos regiones de orientación dis-

aliados de Roma y á su nueva capital situada á medio camino entre el Yonne y el Saona.

Cuando se han salvado las alturas que separan el Dheune del Arroux, se distinguen en el horizonte las líneas del Morván, la «montaña negra» de los galos. Extiende por cuatro de nuestros departamentos sus estribaciones cubiertas de castaños, hayas y encinas, cortadas por torrenteras y estanques y arroyos que corren encajonados. La selva es aún hoy día muy grande y muy espesa. Formaba entonces una red inextricable cuyos extremos, enlazándose con los bosques de los Ardenas y de la meseta central, completaban la barrera interpuesta entre la cuenca del Ródano y las del Loira y Sena. Los habitantes de esta comarca fueron los últimos que abandonaron el paganismo. Los monumentos consagrados á sus dioses tienen un carácter celta muy pronunciado.

En el umbral de este país, de aspecto severo y melancólico, se levantó, como muestra de los favores reservados á los fieles aliados de Roma, la ciudad de Autún, la «ciudadela de Augusto», *Augustodunum*. En 5 ó 6 antes de J. C. desaparecen las monedas de Bibracto. En tal época fué cuando se abandonó el antiguo ópido. Autún no se parecía á las ciudades abiertas de Aquitania. En el inmenso campamento atrincherado cuyos reductos se escalonaban desde el Mediterráneo al Rhin, la capital edua tenía ya prefijado su cometido por su situación geográfica. Daba frente á la Céltica, como Besançon lo daba á Bélgica y Germania. Forma-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Hirschfeld, *Die Häuer und Arverner*. Véase párrafo 3. Harold de Fontenay, *Autun et ses monuments*, con una guía histórica por Anatolio de Charmasse, 1889. Jollois, *Memoire sur les antiquités gallo-romaines de Paris*, Academia de Inscripciones, Memorias presentadas por diversos sabios, 2.ª serie, Antigüedades de Francia, tomo I, 1843. Lenoir, *Statistique monumentale de Paris*, 1867. *Paris à travers les ages*, Lutèce, 1882. Mowat, *Remarques sur les inscriptions antiques de Paris*, «Bulletin epigraphique», 1881-1883. Quicherat, *Melanges d'archeologie et d'histoire, Antiquités celtiques, romaines et gallo-romaines*, páginas 440 y siguientes, 1885. *Bulletin de la Société de l'histoire de Paris*, desde 1874. *Bulletin de la Société des amis des monuments parisiens*, desde 1885. *Histoire generale de Paris. Topographie historique du vieux Paris*, desde 1866. Cochet, *La Normandie souterraine*, 2.ª edición, 1855. *La Seine-Inférieure historique et archeologique*, 2.ª edición, 1866. *Repertoire archeologique du département de la Seine Inférieure*, 1871. De la Borderie, *Histoire de Bretagne*, I, 1896. Maitre, *Geographie historique et descriptive de la Loire-Inférieure. Les villes disparues des Namnètes*, 1893. Para las demás monografías véanse las Noticias del *Corpus*, XIII.

ba con esta plaza, á vanguardia de Lyon, una primera línea de defensa para la Narbonense. No es raro, pues, que no se hallen en sus murallas esos fragmentos de arquitectura, de estatuas y de inscripciones que á principios del siglo III se empotraban en las fortificaciones, que recibían y guardaban tales depósitos. La ausencia de tales restos, la excelencia de los materiales, la perfección de la mano de obra, revelan los procedimientos de la época de Augusto. Igual observación cabe hacer acerca de las puertas, dos de las cuales subsisten y que son sólidas y elegantes, con su galería superior de arca-das adornada de pilastras. También se reconoce en ellas el estilo de la mejor época.

Autún era algo más que una plaza de guerra. Por su extensión y monumentos no desmerecía de ninguna de las más renombradas ciudades de la Galia del Sur. Su teatro podía compararse por sus dimensiones á los de Atenas, Efeso y Esmirna. Su anfiteatro sólo era inferior al Coliseo de Roma. Las calles, tiradas á cordel, tenían ese aspecto algo frío, pero imponente de las ciudades construídas súbitamente, de golpe. La principal terminaba en la puerta llamada de Arroux. Tenía una anchura de quince metros y desarrollaba en una longitud de mil quinientos la hermosa perspectiva de sus edificios públicos y privados. El más notable de aquéllos, el más estimado de los habitantes eran aquellas famosas escuelas *Menianas*, adorno y orgullo de la ciudad. Estaban situadas en uno de los mejores puntos y debían su nombre á una particularidad de su construcción, á los pórticos (*moeniana*) que mostraban á los discípulos los mapas del Imperio. Fueron muy frecuentadas desde principios del siglo I, y como pudo verse cuando la revuelta de Sacrovir, contribuían en gran parte á la gloria de Autún, del que hacían el foco intelectual más poderoso de las tres provincias (1).

El esplendor de Autún se eclipsó bruscamente en aquellas desastrosas postrimerías del siglo III, que en poco estuvo que no marcara la fecha de la separación de nuestra patria y el imperio romano (2). Los eduos, en aquella crisis, se mostraron fieles á su pasado. Recordaron que habían sido los primeros en recibir el derecho de ciudadanía en la Galia cabelluda, y que cien años antes de la conquista merecieron del Senado el título de amigos y hermanos del pueblo romano. Cuando supieron que se había constituido un poder bastante fuerte para recoger la herencia que escapaba de las débiles manos de Galiano, no vacilaron un punto. Tomaron la iniciativa que devolvió la Galia á sus legítimos soberanos. Mucho les costó. La ciudad fué tomada, saqueada, incendiada y los estragos alcanzaron toda la cuenca del Saona. Un retórico de aquel tiempo nos ha descrito el aspecto de aquel país, tan fértil en otro tiempo y ahora desolado, silencioso, con los caminos impracticables, los viñedos secándose bajo el ardor del sol ó pudriéndose por exceso de agua y las tierras de labor cubiertas de ortigas ó anegadas (3).

Autún no se levantó de aquella caída. En vano Constantino Cloro y después de él Constantino procuraron pagar la deuda de reconocimiento que implicaba

(1) Capítulo II, párrafo 1.

(2) Libro IV, capítulo I, párrafo 2.

(3) *Panegyrici veteres. Incerti gratiarum actio Constantino Augusto*, 6-8.

una adhesión tan noble. Hicieron cuanto pudieron para aliviar la miseria de los habitantes, para restaurar los edificios públicos, para devolver á las escuelas su nombradía y popularidad. La decadencia era irremediable porque dependía de otras causas que de la que, al fin y al cabo, no hizo más que precipitarla. El antiguo prestigio de los eduos pudo imponer la fundación de una gran ciudad al pie de su viejo ópido. Pudo favorecer y sostener durante mucho tiempo aquella creación ficticia por más de un concepto. Pero no podía hacerla perdurar. Para ello hubiese sido preciso un sitio mejor escogido, en una comarca menos lejana, más accesible, más ampliamente provista de vías de comunicación que favorecieran su industria y su comercio. La «Roma céltica» conservó hasta lo último algo de su antigua fisonomía, de los hermosos días de su historia. Continuó albergando una sociedad instruída y cortés. Aún se admiraba la imponente masa de sus murallas, aun cuando desmanteladas é inútiles para la defensa. Pero Ausonio no la cita ya, á fines del siglo IV, entre las principales ciudades galas.

Partiendo de Autún era preciso atravesar la inmensa selva que cortaba el Yonne antes de hallar alguna población importante. Auxerre (*Autessiodurum*) no ofrecía nada digno de atención. Era más importante Sens (*Agedincum*), la ciudad más poblada de la región de los secuanos, como lo patentizan las riquezas de su museo y la amplitud del perímetro de las murallas que la abrigaron cuando temió á los bárbaros. Cuando se disgregaron las provincias de Augusto, fué la capital de la cuarta Lyonense, la de los senones. Por ello se convirtió en metrópoli de París y ha mantenido mucho tiempo, en la esfera eclesiástica, su primacía.

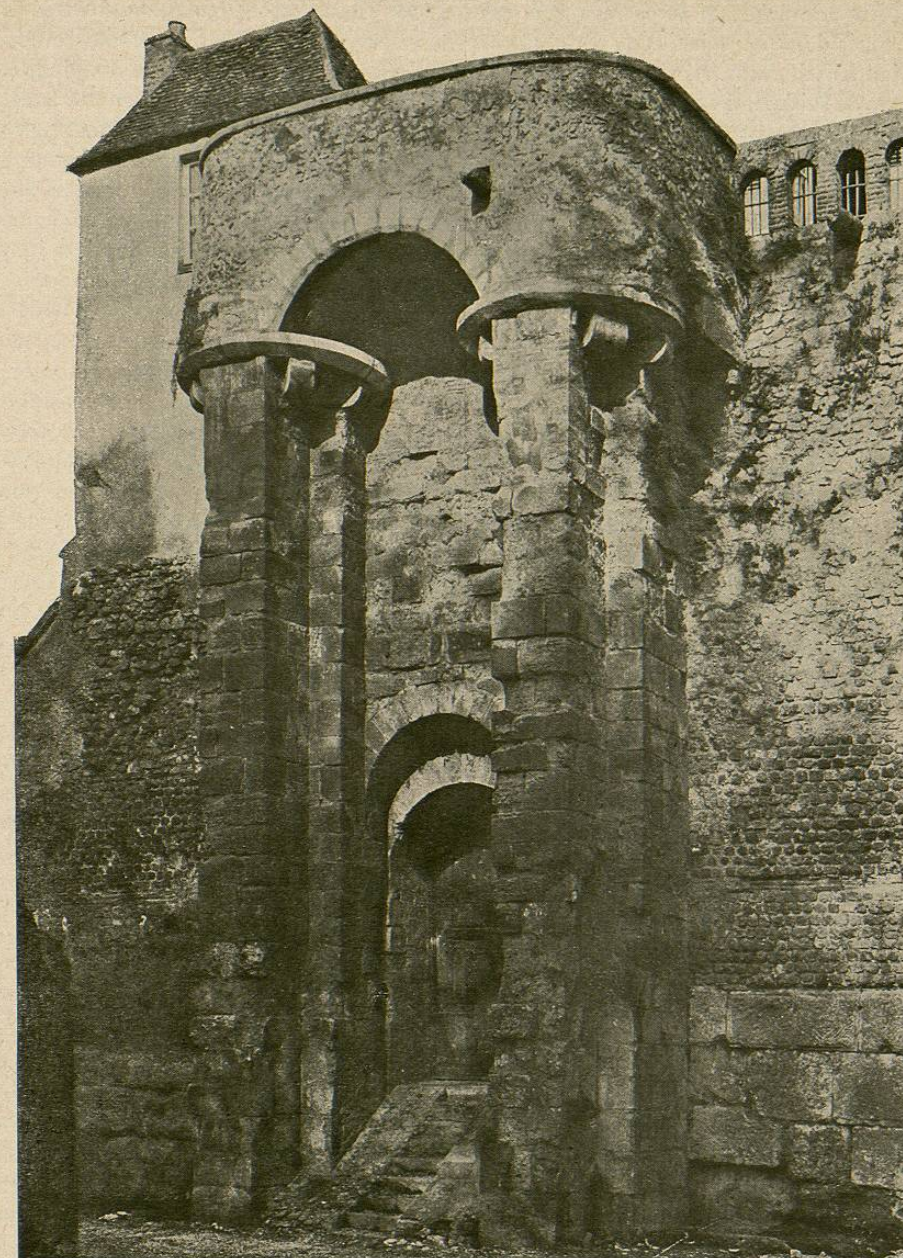
La capital de los *Parisii*, la ciudad de *Lucoecia*, cuyo nombre latinizado se convirtió en *Lutetia* (Lutèce), no empieza á ser nombrada hasta fines del Imperio. Ilustrada durante un instante por servir de asiento al tribunal de César y por la batalla que el mejor de sus tenientes libró contra el héroe aulercio Camulógeno, vuelve á sumirse en la obscuridad durante más de tres siglos. Creció, sin embargo, en tal período. Y sufrió transformaciones que su suelo, á falta de documentos, podría contarnos.

Antes de la conquista la vemos ceñida á su isla. En ella, bajo el coro de Nuestra Señora, se desenterraron los altares erigidos en tiempos de Tiberio por la cofradía de los bateleros ó *nautas*. Es singular la casualidad que coloca bajo los cimientos de la catedral el monumento más antiguo de la historia parisiense y nos hace leer, desde la primera página, el nombre de esta corporación que ha dado á la ciudad su emblema y el germen de sus instituciones municipales. En la Ansea de la Edad media, en los *mercatores aquae Parisiaci* de Luis el Gordo y de Luis VII, vemos los herederos más ó menos directos de los *nautas* de Tiberio. Su jefe recibió, á mediados del siglo XIII, el título de preboste de los mercaderes, que llevó Esteban Marcel. París debió, pues, desde sus orígenes, los elementos de su prosperidad á su situación privilegiada en la confluencia de una vasta red fluvial.

Pronto rebasó sus primitivos límites, pasando el río y dando la espalda á las llanuras inundadas de las que el barrio del Marais evoca el recuerdo. Prefirió las ver-

des pendientes que en la otra margen se inclinan suavemente hacia el río y cuyo punto culminante, la montaña de Santa Genoveva, el antiguo monte *Lucoeticus*, fué el núcleo de una nueva ciudad ó, por mejor decir, de una especie de arrabal que ni era centro urbano ni

anfiteatro, cuyas gradas fueron descubiertas en 1869 al abrir la calle Monge, y que, con las Termas, constituye los solos monumentos que quedan en pie del París romano. Era el circo menor que los de Saintes y Poitiers. Otros edificios había en distintos puntos, edificios cu-



Restos de fortificaciones galo-romanas en Sens

campiña, sino que participaba de ambas cosas. Los viajeros llegaban del Sur por el camino de Orleans, que se ha convertido después en la calle de Saint-Jacques, que ha sido durante muchos siglos la gran arteria de la orilla izquierda. Después de rebasar los arcos del acueducto de Arcueil y el cementerio que se descubrió en 1873 en la calle Nicole, veía levantarse ante su vista las Termas, magnífico edificio construído por iniciativa ó con el concurso de los *nautas*. Todavía se ven sus armas, las de París, en lo alto de la gran sala, en las proas de las naves esculpidas en los ángulos de la bóveda. A la derecha, en la vertiente oriental de la colina, estaba el

yos cimientos se han descubierto sucesivamente: el circo en el sitio que hoy ocupa el mercado de vinos, el teatro cerca del liceo San Luis, y una lujosa quinta en los jardines del Luxemburgo.

El desarrollo del nuevo centro no perjudicó á Lutèce. Esta sufrió mucho durante la lucha desesperada que sostuvo Camulógeno, quien la incendió para evitar que el enemigo se hiciera fuerte en ella. Pronto borró las huellas del desastre, y reedificada á la romana, fué por derecho de antigüedad el centro de la ciudad, cuyo nombre ha guardado. Se llegaba á ella por un puente de madera levantado en el eje de la calle de Saint-

Jacques y se paraba bajo un arco de triunfo cuyos fragmentos lujosamente decorados se hallaron unos bajo la vieja iglesia de Saint-Landry y otros bajo el Hôtel-Dieu. Se llegaba entonces al Foro, que ahora es el atrio de Nuestra Señora. Durante la Edad media fué el mercado de granos y aún estaba rodeado de tiendas romanas cuando Childeberto I levantó allí la basílica que seiscientos años después debía ser substituída por el glorioso templo de Mauricio de Sully. Al Oeste del Foro, en el extremo opuesto de la isla, unas excavaciones practicadas en 1847 han hecho aparecer fragmentos de un gran edificio, de un verdadero palacio. Hoy por hoy no puede saberse el destino de tan lujosa construcción. Se cree que se hallaba reservado á los huéspedes ilustres que estaban de paso en Lutèce, y tal hipótesis parece confirmada por el destino que tuvo ulteriormente. Después de la caída del Imperio puede decirse que fué la cuna de nuestra monarquía. Los reyes de la primera y segunda rama lo habitaron con frecuencia desde Clodoveo. Los capetos fijaron allí su residencia. San Luis lo hizo derribar para edificar el palacio en que Felipe el Hermoso alojó también el Parlamento. A éste lo cedió Carlos V, que se fué al Louvre.

Un segundo puente de madera conducía á la margen derecha. Después de atravesar una línea de casas se llegaba á la campiña. La mirada se extendía por espacios pantanosos y largas calzadas con filas de tumbas. Aparecían luego el acueducto de Passy y los templos de Mercurio y Marte sobre el *mons Martis*, Montmartre.

Durante el siglo II se construyeron las Termas y el teatro, señal evidente de que París progresaba. Como las otras ciudades gálicas, se había desarrollado libremente en el seno de una paz profunda, apenas turbada de cuando en cuando por los alaridos de los bárbaros. Después de éstos ó simultáneamente estalló la rebelión de los bagaudos. Concentró sus últimos esfuerzos en la península de Saint-Maur. Grandes fueron los estragos que estos enemigos produjeron en territorio parisiense. Basta recordar lo que ocurría en todas partes. El advenimiento de la segunda dinastía flaviana abrió mejores tiempos para la Galia. De entonces data el desarrollo de París. No se sabe á punto fijo si Constancio Cloro se estableció en la ciudad; pero sí Juliano, que habitaba en las Termas. La descripción que hace de la ciudad merece ser conocida: «Estaba invernando en mi querida Lutèce: así llaman los celtas á la ciudad de los parisienses. Está situada en el río que la envuelve. Se llega á ella desde ambas márgenes por unos puentes de madera. El caudal del río varía poco. Es casi igual en todas las estaciones. Su agua es límpida y potable. El invierno es poco riguroso, quizá por la proximidad del Océano y por los vapores que envía, porque parece que el agua de mar es más caliente que la dulce. En su suelo crecen buenos viñedos é higueras, que se envuelven en paja para substraerlas á la inclemencia del aire.» Juliano añade que aquel año el invierno era más rudo que de costumbre, que el río arrastraba témpanos y que los habitantes tenían la costumbre de calentarse por medio de estufas (1). Se ve que el tiempo no ha traído profundas modificaciones, salvo en lo que se refiere á los viñedos é higueras y á la limpidez del agua del Sena,

(1) *Misopogon*, 4.

debida á que no había ciudades en el curso alto del río y á que París no era una gran aglomeración urbana.

París se nos aparece aún como una ciudad abierta. A pesar de las duras lecciones del siglo anterior, no se creyó necesario murarla como á las demás ciudades galas. Era París un punto de observación, no una plaza fuerte. No estaba, sin embargo, desprovista de todo medio de resistencia. En el espacio comprendido entre el bulevar Saint-Michel y las calles Soufflod, Royer-Collard y Saint-Jacques se levantó, como un anexo del palacio imperial, del que se hallaba separado por un campo de maniobras, un campamento atrincherado, una de esas ciudades militares en que los romanos alojaban, según les convenía, las guarniciones permanentes ó las tropas de paso. El recuerdo de esta fortaleza ha perdurado en la tradición parisiense. En 1358, cuando se hicieron trabajos para la defensa, después de la batalla de Poitiers, se descubrieron entre las puertas de Saint-Michel y Saint-Jacques, unas murallas de espesor enorme. Se creyó ver en ellas los restos de un castillo cantado por las gestas, el de Hautefeuille (*Altum folium*, de *feuil*, reducto, emboscada), el mismo que dió su nombre á la calle, hoy limitada junto al Sena, pero que antes llegaba hasta el punto de arranque de la de Monsieur-le-Prince. Estas murallas romanas se las ha hallado hoy cuando se ha tratado de transformar este barrio. Estaban enterradas á gran profundidad, al pie de la muralla de Felipe Augusto, y trazaban un vasto cuadrilátero, conforme á las reglas de castrametación romana. Allí ocurrió, en mayo del 360, la escena famosa que pone en boca de los historiadores el nombre de nuestra capital futura. Allí Juliano fué proclamado emperador. Junto al campamento es donde el noble César acalló sus escrúpulos y aceptó la diadema que el motín le imponía.

El campamento atrincherado (*castra stativa*) de la montaña de Santa Genoveva no bastó para contener á los bárbaros después de Teodosio. La ciudad padeció entonces una nueva devastación, como lo atestigua la capa de escombros y cenizas que se halla sobre la que produjeron los invasores del siglo III. En aquella época los parisienses, refluendo hacia Lutèce, comprendieron la necesidad de construir un recinto murado. Diversas excavaciones han dado idea de su trazado. Los materiales se tomaron, en parte, de los monumentos destruídos por la invasión. En esta muralla se han encontrado piedras extraídas del anfiteatro. Probablemente también las había del altar de los nautas. Subsistía aún en el siglo IX, y contra ella se estrellaron los esfuerzos de los piratas normandos.

Nos hemos detenido más de lo necesario en París. A pesar de un brillo pasajero que tuvo en las postrimerías del Imperio, precisa confesar que nunca figuró en primera línea. Tampoco estamos bien informados de las demás partes de la Lyonense.

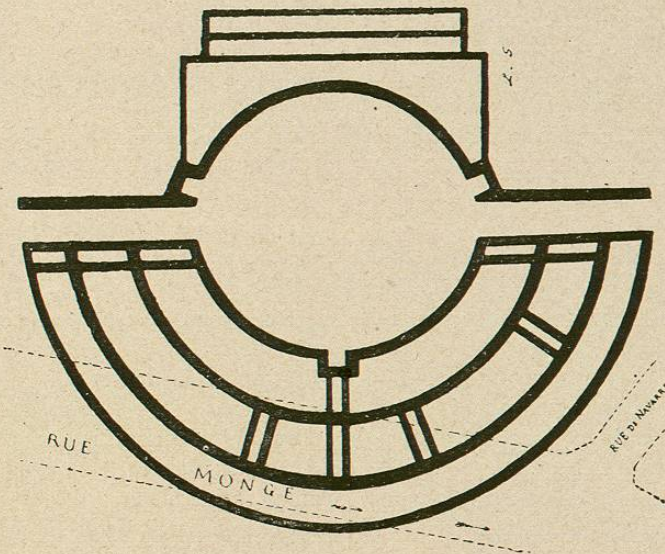
Los buques de los nautas parisienses llegaban hasta Ruán. La capital de los veliocasos (*Rotomagus*) fué, desde Diocleciano, la metrópoli de la segunda Lyonense, es decir, de una provincia que casi corresponde al futuro ducado de Rollón. Antes fué eclipsada por la capital de los caletos, Juliobona, que hoy es una aldea llamada Lillebone, sin importancia alguna. Las antigüedades que aún conserva nos indican su importancia. Más lejos estaba Harfleur (*Caracotinum*), última esca-

la de la navegación secuanesa, único puerto en la desembocadura del río, que no fué desposeído hasta que se fundó el Havre en tiempo de Francisco I.

Había bastantes ciudades en el resto de Normandía. Citaremos Lisieux (*Noviomagus*), Vieux (*Araegenuae*), Bayeux (*Augustodurus*), Valogne (*Alauna*), etc. Las dos últimas no eran ni capitales de ciudad. Ninguna era de gran importancia por más que tuvieran teatros y otros monumentos. Pero en el país reinaba la abundancia, como lo demuestran algunos de los objetos preciosos encontrados. Las magníficas piezas de vajilla de

un circo, de un teatro, de diversas construcciones. No son escombros de una ciudad conocida. Es que se ha exhumado una ciudad desconocida, anónima.

Nantes era la verdadera reina del Oeste. No se puede calcular la superficie que ocuparía cuando no estaba murada; pero cuando lo estuvo, su perímetro alcanzaba más de mil seiscientos metros. Era doble de lo que medían en la misma época los recintos de Rennes, Angers (*Juliomagus*) y Tours (*Caesarodunum*). Desde muy antiguo la desembocadura del Loira era un polo de atracción para el comercio celta y el punto de



Plano del anfiteatro de Lutecia

plata que guarda la Biblioteca Nacional se hallaron en las cercanías de Bernay (1). El origen de aquel bienestar debía ser la agricultura. Ninguna de las ciudades de esta comarca se distinguía por ninguna industria. Pero la riqueza de la tierra normanda no data de hoy.

La única ciudad algo notable de la Armórica era Rennes (*Condate*). En cambio abundaban las grandes fincas. Desde Saint-Nazaire á Piriac había preciosas quintas escalonadas en la costa. En estas riberas que presenciaron la heroica resistencia de los vénetos, los grandes propietarios disfrutaban de una existencia placentera y segura, no ajena á los refinamientos del lujo romano. Más al Norte no varía la decoración hasta la bahía de Douarnenez, en el extremo del camino que conduce á la punta de Raz. Existe allí un montón de ruinas que la leyenda atribuye á la ciudad de Is.

La población formaba núcleos más densos á medida que se volvía hacia el Este, en dirección al Mans (*Suinidunum*) y de Chartres (*Autricum*). Sin duda aquel país no se parecía al de hoy. Sus selvas, en que se celebraban las asambleas druídicas, no retrocedían sino muy lentamente ante la cultura. La Beauce extendía un cinturón de bosques alrededor de la capital de los carnutos. Grandes cambios iban, sin embargo, á operarse. El siguiente hecho dará una idea de ellos. Recientes excavaciones han hecho descubrir en un pueblo de la Sarthe, en Oisseau, un conjunto parecido al de Sanxay, los restos de un acueducto, de un templo, de

embarque más importante para Bretaña. Pytheas había indicado el puerto de *Corbilo*, el único de verdadera importancia que la Galia tenía en el Océano. Pero *Corbilo*, cuyo exacto emplazamiento se ignora, no era sino un recuerdo cuando empezó la prosperidad de *Condevincum*, la capital de los namnetes. La ciudad ocupaba una buena posición defensiva un poco más arriba de la confluencia del Erdre. Pero, para mejor adaptarse á sus nuevos destinos, bajó á la orilla del río, frente á las islas que parecen facilitar el paso entre ambas márgenes. Allí se abrió el puerto (*Portus Namnetum*). Los armadores nanteses eran generosos. Su munificencia se traducía en bellos monumentos que hacían construir. Adoraban, sobre todo, á Vulcano, lo cual se explica por el desarrollo de la industria metalúrgica en Saint-Nazaire, Guérande, Ancenis. Hay que hacer notar los caracteres marcadamente romanos de la población. Las tumbas eran semejantes á las de Italia y la onomástica es latina. De diez y ocho inscripciones, sólo una contiene un nombre galo. No hay que extrañarlo tratándose de una ciudad cuyo gran tráfico debía favorecer las influencias exteriores.

V.—Bélgica y las dos Germanias (1)

No hay diferencia sensible entre las partes occidentales de la Lyonense y Bélgica. Únicamente se nota que

(2) FUENTES.—Para los textos literarios concernientes á la Germania romana, véase Riese, *Das rheinische Germanien in der*

(1) Capítulo II, párrafo 3.
TOMO I